

el objetivo peyorativo como recurso literario

por Gastón Pardo Pérez

Decía don Alfonso Reyes que “en el desarrollo histórico de todas las lenguas no deben rechazarse los culteranismos, cuando son oportunos y no simplemente pedantes. Ellos tienen sobre los vocablos populares y regionales la ventaja de la universalidad y con ellos se puede tener la certeza de ser comprendido”, lo que no sucede con los otros fuera de determinada área geográfica. Ya don Quijote decía: “cuando alguno no entiende estos términos importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan, y esto es enriquecer la lengua sobre quien tiene poder el vulgo y el uso” (Cap XLIII, parte II). En todo momento hay un estira y afloja entre el lenguaje vulgar y el culteranismo, celosamente guardado por las academias de la lengua. El resultado de la tensión es el lenguaje normal, el lenguaje de todos.

Sin embargo, particularmente en México, los escritores, a remolque del uso, vicioso con frecuencia, admiten formas de decir incómodas a la esencia misma del lenguaje. Emmanuel Carballo señala en el prólogo del libro *Narrativa mexicana de hoy* que “Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) surge una prosa interesante desde el enfoque sociológico. Me refiero a la prosa campesina, ya que Cárdenas intentó hacer la reforma agraria. Se produce así una novela y un cuento del reparto de la tierra; una prosa en la que no hay personajes sino arquetipos...” Al hacendado se le atribuirá siempre un lenguaje prosaico, fonemas que encuadrarán estereotipos sociales saturados de maldad. En el labrador, por el contrario, el lenguaje, igualmente insultante, será picaresco, cargado de humor y de buen gusto para los lectores. Con tales precedentes, no es de extrañar la situación de la más reciente producción literaria mexicana, que como el mismo Carballo dice: “Entre Fuentes y los recién llegados surgen varios equipos de prosistas, todos ellos compuestos por narradores que dominan el oficio y que, en mayor o menor grado, han conocido o conocen el éxito de público y crítica...” Sin embargo, “El novísimo cuento mexicano es tan inconjeturable como sorprendente, del mismo modo como es la sociedad que lo auspicia. Son cuentos sencillos (a veces simples), ideológicamente pobres y táctica y estratégicamente conflictivos”. La situación confusa tiene una clara explicación: las celebridades literarias se dieron en un ambiente cargado de demagogia agrarista. Hemos llegado a 1970 y el problema de la tierra está muy lejos de resolverse. Sin embargo, Martín Luis Guz-

mán, Mariano Azuela, Agustín Yáñez, son necesariamente el punto de partida pedagógico de los jóvenes escritores, es decir de los que nacen a partir de 1930. Esta nueva generación de escritores surge en un país donde hay una clase obrera de origen campesino, cuya salida del campo es muy reciente. Hay un capitalismo nacional que se desarrolla con grandes tropiezos, y una inquietante corrupción administrativa. Los cuentos ideológicamente pobres y táctica y estratégicamente conflictivos no son, pues, de extrañar. José Revueltas, la única posibilidad de dar riqueza ideológica y proporcionar una táctica y una estrategia ordenadas a la prosa contemporánea, está amordazado en la prisión.

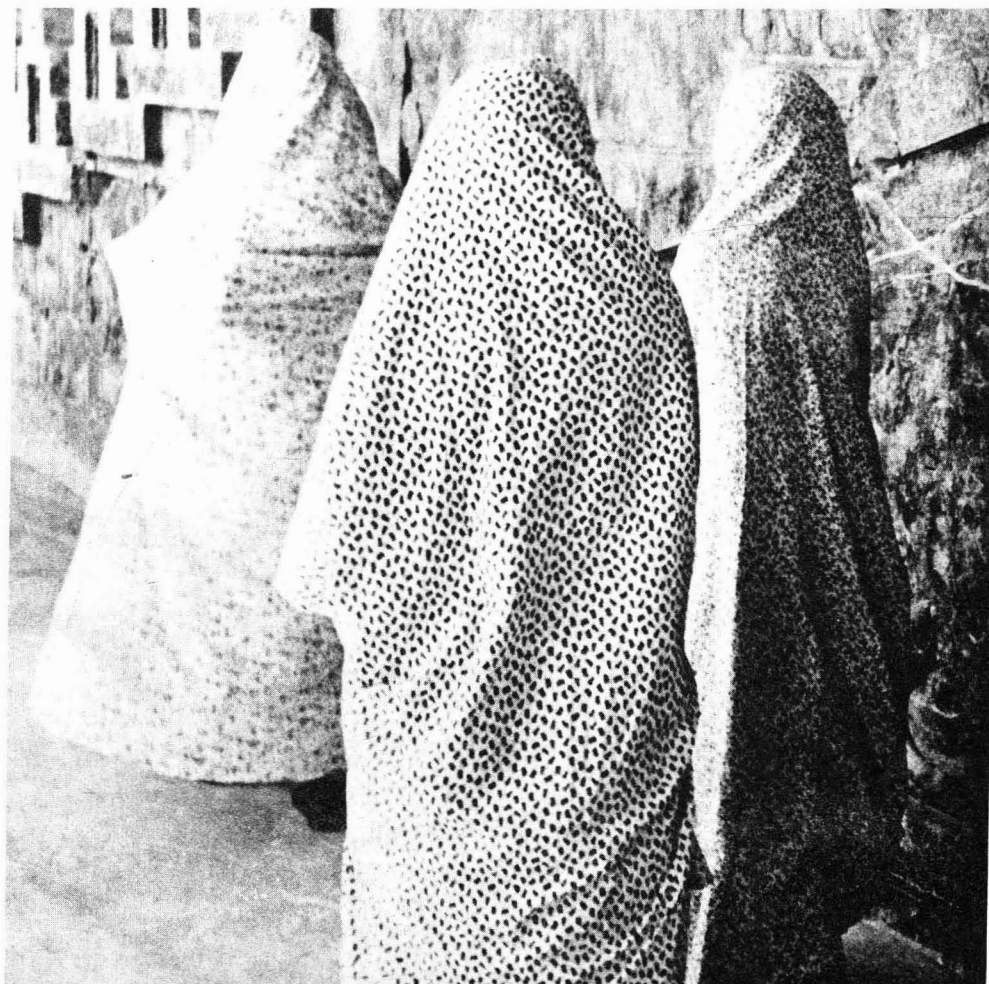
No es de ninguna manera exagerado lo que Vasconcelos le expuso a Emmanuel Carballo en 1959: “En México no hay literatura porque casi nunca se dice la verdad... La literatura debe ser fundamentalmente protesta. Su raíz es la libertad, la auténtica, no la que, como en nuestro caso, está escrita en los códigos. Aunque sea en el orden moral debe triun-

far el bien para que haya una verdadera expresión literaria, si no ésta se convierte en prostituta que acata o disimula los actos perversos de los poderosos... Yo vivo en una sociedad atada de pies y manos y soy por ello un esclavo, no un escritor.”

La prosa mexicana contemporánea debe expresar y encontrar claridad ideológica en un mundo capitalista en revolución permanente. La exigencia es el abandono de ciertos estilos estereotipados: la idealización del peón, el rebajamiento dentro de ubicaciones satánicas de un hacendado que ya no existe, y que si tiene algún equivalente en la sociedad actual, éste es el comisariado ejidal, el burócrata arrogante o, simplemente, el burgués. El lenguaje tiene, por tanto, condicionamientos diversos de aquellos que han sido asimilados *a fortiori* por los nuevos prosistas. Ya no es el lenguaje del peón, sino del proletariado o del lumpen, que cada vez es más numeroso en las grandes ciudades. Parece que las formas de expresión en la literatura, tanto como la teología católica, marchan a la cola de las investigaciones sociológicas.

El lenguaje vernáculo

El pueblo mexicano usa mucho el adjetivo peyorativo y la expresión insultante en la conversación. Esta forma de comunicación, en que, por ejemplo, *pendejo*, es el gran comodín, es adoptada para la expresión gráfica por los escritores con simpatías agrarias o agraristas. Esas expresiones designan zonas anatómicas o funciones sexuales y, entonces, los jóvenes,



cuya única motivación para "ser cultos" es el esnobismo y no la formación académica, se convierten en lectores de una prosa "realista". El escritor, cuando tiene que designar determinadas áreas del cuerpo masculino o femenino, o determinadas funciones eróticas, con frecuencia recurre a la perífrasis y la hipérbole. Está, entonces, al nivel del hombre de la calle, y, como dan testimonio las novelas cortas y los cuentos, no ofrecen soluciones a problemas nacionales y quedan sumergidos en el relato o la descripción estériles.

Es un hecho que la frontera entre el lenguaje correcto y el proscrito se ha roto hace mucho en la conversación masculina del mexicano. Es de mal gusto transgredir una norma social; pero cuando esa norma está ya tan borrada, el desacato a la urbanidad prácticamente no existe. Hay un lenguaje, para hablar con los demás hombres y otro con las mujeres, los niños, los profesores y el patrón. El mexicano es en este sentido bilingüe. El escritor, por el contrario, se dirige a todo su público con el lenguaje masculino para los demás hombres. El estilo consiste en ponerlo en boca de un peón desde la comodidad de una butaca, en una mansión del Pedregal.

El insulto es un argot masculino, cosa de hombres, una especie de seña en espera de una contraseña, un lenguaje de campaña en la lucha de los sexos, sobre la que tanto abunda la psicología del mexicano, a cuya altura tampoco se ha puesto la prosa moderna. El lanzar "palabrotas" en el café tiene algo de confabulación masónica, de proclamación de la libertad masculina. En las clases altas las "palabrotas" se pronuncian mucho, se redondean. Hay un insulto senatorial, una expresión peyorativa de señor. En las clases bajas, el insulto es más arrastrado, se pronuncia menos, se liga más con el resto de la conversación. El insulto del burgués es insulto con mayor intensidad, porque se aísla con solemnidad dentro de la frase.

El pueblo apenas tiene conciencia de que una interjección juzgada como "mala palabra" es tal. Son las clases altas y los sectores cultos quienes dan al adjetivo peyorativo todo su valor, las que lo pronuncian con la carga emotiva correspondiente.

Muchas funciones tienen estos adjetivos, a veces sustantivados, en el castellano hablado de la calle. Es necesaria una absolución de esos términos cuando no tienen sentido peyorativo, sino que sólo sirven de comodín, por ejemplo: "Me estás cansando con esa lata de disco." Si en lugar de "cansando" ponemos un mexicanísimo verbo, y en lugar de "lata" otro sustantivo, tendremos dos claros ejemplos, dentro de una misma oración, de una hipérbole y un adjetivo calificativo. Si el adjetivo es peyorativo, despectivo, puede ser un instrumento, en la elaboración literaria, para ayudar a dirigir al proletariado en la lucha de clases. Si es hipérbole o el adjetivo califica "neutralmente", como tales deben dejar de ser un instrumento del literato para conseguir una mayor demanda en el mercado de libros.

libros

izquierdismo y comunismo

por Miguel Donoso Pareja

El título de este libro* es, sin duda, ingenioso, y hasta podría llegar a ser convincente, habida cuenta la burocratización y senilidad de la mayoría de los partidos comunistas en estos tiempos. Sin embargo, la ingeniosidad del nombre resalta aún más, puesto que no es, como podría uno suponer, una refutación —o reactualización, por lo menos— de *La enfermedad infantil del izquierdismo*, sino más bien y en parte, a *¿Qué hacer?*, textos, los dos, de Lenin, como todos sabemos.

Se trata, por lo demás, de un libro de difícil enjuiciamiento, pues mientras tiene pronunciamientos excelentes algunas veces, más como descubrimiento y cuestionamiento de una nueva realidad y de una distinta correlación de fuerzas en la lucha de clases, que como una solución de cambio, tiene otras en que se remite a métodos ya probados y que no han tenido éxito. Esto último nace, por cierto, de la posición anarquista de Cohn-Bendit, quien encuentra la panacea para todos los males de las izquierdas del mundo en los planteamientos de la Maknovitvna, movimiento anarquista de la revolución rusa, en la pluralidad de tendencias políticas en el curso revolucionario, la espontaneidad y la oposición de que exista un partido que organice y encabece la insurrección.

En este aspecto, lo que trata de decirnos Cohn-Bendit es que la asimilación del poder por parte de un partido dirigente, una vez tomado éste, es lo que ha engendrado las burocracias socialistas. Por eso, y tal vez tenga razón, hace suyos los conceptos de la Maknovitvna en el sentido de que deben ser los soviets y no el partido los que gobiernen, transcribiendo, en apoyo a sus tesis, el manifiesto-programa de las gentes de Makhno. Leamos dos o tres partes: "Los maknovitvna", dice, "son esos mismos trabajadores que, trabajando día a día durante toda su vida, han enriquecido y engordado a la burguesía en general y, actualmente, a los soviets en particular". Luego agrega: "La liberación puede obtenerse derribando al gobierno de coalición monárquica, republicana y socialdemócrata, comunista y bolchevique. Para sustituirlo, deben convocarse elecciones libres de consejos de trabajadores que no constituirán un gobierno con leyes escritas y arbitrarias; pues el sistema soviético no es autori-

tario (opuestamente al de los socialdemócratas y comunistas bolcheviques, que se definen actualmente como autoridades soviéticas). Es la más pura forma de socialismo antiautoritario o antiestatal, expresado por una libre organización de la vida social de los trabajadores, independiente de las autoridades; una vida donde cada trabajador, aislado o asociado, podrá con toda independencia trabajar para su propia dicha y su propio bienestar integral, según los principios de solidaridad, de amistad y de igualdad. Los trabajadores deben elegir por sí mismos sus propios consejos (soviets), que serán los ejecutores de la voluntad y de las órdenes de esos mismos trabajadores; serán, pues, consejos ejecutivos y no autoritarios. La tierra, las fábricas, las empresas, las minas, los transportes, etcétera: las riquezas del pueblo deben pertenecer a los obreros que trabajan. Deben, pues, socializarse."

Esta larga cita era necesaria porque resume cabalmente las ideas de Cohn-Bendit, y trasladada a los tiempos actuales explica su actitud frente al poder burgués y, asimismo, frente a las burocracias socialistas que, a su juicio, deben abolirse, sin considerar, en lo absoluto, las exigencias de una coyuntura internacional en la que todavía el imperialismo tiene una influencia determinante.

La conclusión a que llega en su libro es, por otra parte, definitiva y definitiva, cuando recomienda al lector: "Recházalo todo. Luego sal a la calle, desgarras todos los anuncios, para encontrar, en fin, el sentido político de las jornadas mayo-junio... Después, permanece en la calle, contempla a tus comparsas y piensa: lo esencial no se ha dicho todavía, hay que inventarlo. Entonces, actúa. Descubre una nueva manera de relacionarte con tu amiga, ama de otra manera, rechaza a la familia. No para los demás, sino con los demás; es para ti para quien haces la revolución. Aquí y ahora."

Esta es, sin mayores problemas, la posición de Cohn-Bendit en lo que respecta a las posibilidades y finalidades revolucionarias. Su primera oposición es a las tareas de organización promoviendo la espontaneidad de las masas. La segunda —y en esto sí tiene razón— es a las directivas del Partido Comunista de Francia y a la Confederación General de Trabajadores (dominada por el PC), que estuvieron siempre en una posición de defensa del orden establecido. Esto lo prueba con palabras de los propios dirigentes comunistas y sindicales, como éstas de Seguy, que no dejan la menor duda acerca de la con-

* Daniel Cohn-Bendit: *El izquierdismo, remedio a la enfermedad senil del comunismo*. México, Grijalbo, 1970. 323 pp.